

más agradables en la salida del Altillo en la taberna de Marcelillo, en la zapatería del cojo y en la esquina de Morales, sombra ancha, hasta el camino, más grata por el barrido y regado de las vecinas desde el amanecer, paso predilecto de cuantos van y vuelven de la plaza. La bóveda celeste se ve desde esta acera con una diafanidad nítida, no hay en todo el lugar una franja de terreno desde donde se vea el cielo tan azul y tan limpio.

De la calleja que divide la corriente de la Cruz Verde, a partir de la puerta de la Joaquina de Peluza, más abajo de la de Juan Carreras, se acerca la coja la Cutimaña con el cogedor y la escoba de barrer la puerta, hablando del asiento que le había levantado al tuerto Boto, que por poco si las lía, menos mal que llegó a tiempo y le corrió la mano con suavidad y ayuda de Santa Rosa de Lima, que era la Santa que guiaba a la Mariana la Pinta, la famosa curandera de Criptana, que era de Alcázar, con cuya ayuda y bastantico aceite espeso de tener el queso dentro, rompió el tuerto, echando quien sabe cuantas bolas con pelo de tanto tiempo como las tendría.

Se lo contaba a la mujer de Marcelillo, menuda, pulida y peripuesta, que hablaba con la tía Marcelina, ninguna de las cuales se llevaban un centímetro de altas y juntas parecían una macetilla de hortensia con las flores agrupadas por separado.

La tía Marcelina, morcillera de mi madre, era una mujer sabia. ¡Cuánto me quería!. Vivía en el Altillo o de por allí bajaba, menuda, bajita, magra, fina y arrugada, muy saludable. Curvada como Juan Caguín, con la barbilla en la garrota y unos anteojos, reforzados con cinta negra en el puente para que no le ludiera en las narices la rajilla que se le había hecho. La patilla derecha la llevaba sujeta y muy

bien ligada como atada por manos acostumbradas, con una cinta de crudo de las bastas de los colchones y en la izquierda un hilo doble, curado, de los de atar la longaniza, abrazándole la oreja.

Se paraba para mirar y hacía equilibrios para las dos cosas, para tenerse y para ver dándole cierto aire a su moñete de picaporte, pero una vez sujeta hablaba filosóficamente como Pedrete el Dano y daba gusto escucharla porque se sentía madre de todo el mundo:

— ¡Ay! hijas, exclamó al oír a la coja, si yo os contara lo que una tiene visto y pasado en este mundo. Bastante es eso para las pestes que teníamos en mi juventud que se llevaban la gente a carros llenos para enterrarlos.

La tía Marcelina es que ya no guipaba bien, pero ver a la coja de mirar de asiento era conmovedor, siempre en la barriga, con todo al aire, nada de mirar en las muñecas como hacen las que no entienden. La coja lo hacía musitando oraciones, que le hacían de bailar ciertos pelillos del jarillo bozo, invocando a la santa como teniéndola presente corriendo la mano untada de aceite con una suavidad inigualable que hacía correr lo que hubiera sentado como una seda y apenas concluido, cuerpo limpio y enfermo curado. El amparo de Santa Rosa de Lima hizo famosa a la Mariana en toda la comarca y hasta en Alcázar, a pesar de ser su pueblo, porque donde ponía el ojo invocando a la santa no le fallaba y la salvación estaba en su mano. Pues a la coja igual, manos de santa y después de Dios, ella, dejando a los médicos con sus creencias y sus boticas angustiosas.

Al otro lado del callejón de la calle Toledo, aparecía temprano Reyes Cateto con la Vidala y catorce chicos que se la